



ARTES, LETRAS, CIENCIAS.

DIRECTORA-PROPIETARIA: PATROCINIO DE BIEDMA.

AÑO II.	PUNTOS DE SUSCRICION.	20 de Junio 1878.	PRECIOS DE SUSCRICION.	NÚM. 5.
	Sr. Administrador del CÁDIZ, Tipografía LA MERCANTIL, calle del Sacramento, num. 39. Madrid, en las principales librerías. Correspondencia literaria: Patrocinio de Biedma Herrador, S.		En Cádiz, un mes, adelantado . . . 2 ptas. En toda España y Portugal, trimestre, 7 pesetas; seis meses, 13 id., un año, id. . . 25 » En Cuba, Pto. Rico, extranjero y repúblicas americanas, semestre anticipado, en oro. . . 20 »	
	No se devuelven los originales que no se utilicen.		Núms. sueltos 4 rs.—Se publica los días 10, 20 y 30.	

SUMARIO.

GRABADO.—Hume, evocador de los espíritus.

TEXTO: La soberanía, por PATROCINIO DE BIEDMA.—Crónica mensual, por A. BORREGO.—La civilización y la poesía, por A. CASSARD.—*Poesías*: A mi inolvidable hija Consuelo, por EMILIA CALE Y TORRES DE QUINTERO.—Luz y sombra, por JESUS CENCILLO.—Mi único deseo, por A. CASSARD.—Soneto, por SERVANDO A. DE DIOS.—A Patrocinio de Biedma, por L. BLACKER.—El Beso de una Virgen, por J. TEJON Y RODRIGUEZ.—Acuarela, por JOSÉ JUAN JAUMEANDREU.—Revista de Madrid, por SOFIA TARTILAN.—Cartas de París, por CAYETANO DEL TORO.—*Literatura extranjera*: La Patti en la Scala.—Virginia (novela), por FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.—Noticias.—Anuncios.

LA SOBERANÍA.

DESPUES de ocuparse de las revoluciones, nada más propio que fijar la atención en la soberanía que ellas proclaman.

Grande responsabilidad se le alcanza á J. J. Rousseau si, en efecto, es suya la idea de la soberanía popular.

Es verdad que ántes que él habían planteado el atrevido sistema del *contrato social* Jurien, el protestante, y Bucharán el escéptico, pero acaso sin la apasionada elocuencia de Rousseau, sin las galas de su estilo y la magia de su palabra, la idea de esa extraña soberanía hubiera pasado desconocida de los más, ya que no ignorada de todos.

Hemos llamado extraña á esa soberanía, porque extraña es todo aquello que no se demuestra de una manera clara y precisa á la apreciación de nuestro criterio, y la soberanía del pueblo para el pueblo,



Hume, evocador de los espíritus.

esa soberanía que le hace esclavo y señor á la vez, es siempre, más que extraña, incomprensible.

¿De dónde procede ese poder? ¿Quién lo dá? ¿Quién lo recibe? ¿Es una colectividad? ¿Es una unidad?

Preguntas son estas que no tienen solución en una respuesta sencilla, y que si se pretende que la tengan, esa solución no satisface por completo á la inteligencia investigadora de la generación actual.

El dogma de esa moderna escuela establece que: «Es el pueblo el que hace los soberanos y dá la soberanía.»

Afirma que: «Es contra la razón que un pueblo se entregue á un soberano sin algun pacto, y que semejante tratado seria nulo contra naturaleza.»

Y añade que: «El pueblo no tiene necesidad de tener razón para validar sus actos.»

Imposible parece que tales doctrinas formen escuela.

Hay en su contradicción un principio anárquico, que deshace todo concierto natural, social y político.

Si el pueblo, reconociéndose soberano, no necesita tener razón para dar valor á sus actos, el soberano, en quien el pueblo abdica su soberanía, ¿á qué razón nivelará los suyos?

Si la soberanía es la razón suprema, y el pueblo se desprende de ella para unificarla en un sólo poder al cual se somete, ¿en virtud de qué razón pedirá un pacto, si despojado de su fuerza moral no puede, no debe exigir su cumplimiento?

Si el pueblo dá la soberanía, claro está que el pueblo deja de ser soberano: al darla pierde su ejercicio; al conservar éste la retiene: dos soberanías se excluyen: son

dos fuerzas iguales que harían inevitable el choque.

Concediendo la soberanía al pueblo, le concedemos el derecho de entregarla ó conservarla, pero ambos derechos, imposible.

Entregar una parte de su poder y conservar el otro, es una insensatez: la autoridad no se subdivide en partes. Si tiene el poder de hacer un soberano, lógicamente pierde el de destituirle, porque al entregarle el cetro, queda sometido: de otro modo, y disputándose su turno dos soberanos, era imposible la soberanía, que formaría una especie de absurdo reflejo, del rey al pueblo y del pueblo al rey.

¿Cómo explicarse, además, un soberano que dependiese de otra soberanía?

¿Qué poder sería ese sometido á otro poder?

¿De cuál emanarían las órdenes?

¿Cuál estaría obligado á cumplirlas?

Si el pueblo no necesita tener razón para obrar, en virtud de su soberanía, en virtud de ese mismo poder recibido del pueblo, el soberano ¿á qué prescripción legal ni racional debía someterse?

La autoridad debe estar siempre investida de la soberanía, á fin de que sus fallos sean indeclinables, sus providencias ultimadas y sus sentencias cumplidas.

La autoridad del jefe del Estado es, pues, soberana, de hecho y de derecho, porque al recibir esa soberanía adquiere desde luego el de conservarla; y siendo así, ¿bajo qué forma legal puede volver al pueblo la soberanía que cedió?

¿Cuándo vuelve á ser señor, y cuándo queda súbdito?

¿Lo queda por su voluntad, por su razón ó por su capricho?

Si es por su voluntad, ¿á qué fin, á qué ventaja obedece; á qué oculta aspiración, á qué ídolo, en fin, ofrece un sacrificio tan grande?

¿A la patria?

Si la patria pertenece á todos, ¿con qué derecho dar á uno sólo la responsabilidad de su porvenir?

¿Es por su razón?

Para conservar su soberanía puede obrar sin su acuerdo.

¿Es por su capricho?

En ese caso solo tratará de crear una soberanía más, entre las mil soberanías en que su poder se subdivide.

La soberanía de un rey junto á la soberanía de un gobierno, de un Parlamento, de una prensa, de un ejército, de un embrion revolucionario que amenazase!... ¿Y quién señalaría las partes segregadas del poder supremo, para alimentar todos esos poderes?

¿Y cuál de esas soberanías saldría favorecida?

¿La de la palabra?

¿La de la fuerza?

¿La del pensamiento?

¿La de los motines?

¿O la del pueblo, que hace valer su derecho natural á la soberanía?

Si la del pueblo existe y de ella emanan las otras, por qué esa cesión y por qué esa aceptación?

¿Qué condiciones median, y quién es el árbitro en un caso de duda, el comitente ó el enviado?

Esa especie de desleimiento de poderes, debilitaría el sagrado principio de autoridad, hasta hacerle ilusorio, pues, investidos todos de ese derecho de *Soberanía universal*, digámoslo así, nadie tendría el deber de prestar obediencia al acto que emanase de otra soberanía.

De aquí la imposibilidad de plantear tan peligroso sistema.

Si los hombres de genio ántes de formular palabras sin ideas se fijasen en los daños que esta semilla puede hacer brotar en el porve-

nir, seguramente que la teoría del *pueblo* no se hubiera conocido!...

Al confundir en la clasificación de *soberanas* las omnipotencias que dan fuerza y vida á la masa social; al llamar *pueblo* á la parte activa, enérgica, poderosa, inteligente, fuerte y ambiciosa de las sociedades, se plantea un problema cuya solución es imposible, porque al constituir la soberanía en *abstracto*, en donde hay que reconocer diferentes soberanías, se plantea el sistema de subdividirla, lo cual, siendo la contradicción, es la negación de la propia doctrina.

¿Qué afán tan insensato el del hombre, creyéndose señor de todo, cuando ni de sus propias pasiones puede serlo!

Conserve la independencia de la dignidad y obedezca á la ley del deber, soberana indiscutible de todo corazón honrado y de todo pensamiento puro, y no se afane por otro poder que el que le asegura la consideración y el respeto á que se haga acreedor con la práctica del bien y el conocimiento de sí mismo, virtud la más difícil y la más meritoria de todas.

PATROCINIO DE BIEDMA.

CRÓNICA MENSUAL.

ANTICIPO de algunos días mi periódica contribución á esa *Revista*, movido á ello por la gravedad del triste suceso que, por segunda vez en pocas semanas, ha puesto en peligro la vida del más poderoso y considerado de los monarcas reinantes.

El suceso adquiere mayor importancia en razón á las causas morales á que se atribuye, al desarrollo que en la sesuda y docta Alemania ha adquirido el elemento democrático socialista, que no pudo triunfar en la apasionada nación francesa y parece echar honda raíz en los pueblos del Norte.

No es de ahora que vengo alimentando la idea de que á la raza germánica estaba reservado un decisivo influjo en el porvenir de Europa. Años ántes que la revolución de Julio de 1830, diese la señal de la primera conmoción que después de la caída de Napoleón en 1815, experimentarían las monarquías de nuestro continente, escribía yo en el *Temps* de París en 1829, que el equilibrio Europeo experimentaría un gran cambio el día en que los pueblos que componían la entonces confederación germánica, formasen un solo estado unido y compacto.

Sobrevenida la gran crisis de 1848, y en lo más intenso del movimiento popular que hizo bambolear los tronos de casi todos los príncipes de Alemania, cuando obedeciendo á la universal efervescencia todos ellos consintieron en poner en manos del Congreso de Frankfurt la futura suerte del *Fatherland*, consigné en un libro titulado de la *Situación de España en medio del movimiento europeo*, que no consideraba posible que los pueblos de Alemania consumasen la doble obra que habían emprendido, de constituir su unidad política al mismo tiempo que su libertad constitucional. Las dos cosas dije no podrán conseguirse á la vez y semejante doble esfuerzo, anunció arruinaría las generosas aspiraciones del pueblo alemán.

El vaticinio se cumplió y la asamblea de Frankfurt, ideóloga hasta la exageración, acabó por caer en el ridículo y por ser disuelta con procedimientos que participan del carácter de los que Cromwell y el general Bonaparte habían empleado para deshacerse de cámaras que habían perdido sus títulos á la confianza pública.

La derrota de los patriotas alemanes de 1848, no debilitó, sin embargo, en la menor manera la intensidad del sentimiento que hondamente grabado en los corazones, pedía la unidad de la patria.

No supo el emperador de Austria cuando en 1865 convocó en Frankfurt á los príncipes de la confederación para proponerles reformas en el gobierno de la misma, atraerse las simpatías de los pueblos que sin duda hubiera logrado, con sólo presentar al cuerpo

germánico una constitución liberal; pero prefirió contar con la cooperación de los soberanos olvidándose de lo que más anhelaban los pueblos, y éstos volvieron las espaldas al *Kaiser* de quien por un momento habían esperado el don de la libertad.

La Prusia que vió con alarma la tentativa austriaca, contribuyó grandemente á que se deshiciera, negándose á tomar parte en el propuesto congreso y reservándose tomar más tarde de su sola cuenta el papel que había declinado representar en compañía.

Sodowa y Sedan abrieron ancho campo al gran estadista prusiano para anexionarse primero los Estados de la confederación, cuyos príncipes habían permanecido fieles á la alianza austriaca, y después para restablecer en la cabeza de su Rey la corona de Carlo-Magno.

Para dar fuerza al resucitado imperio, el gran ministro prusiano utilizó, además de las victorias debidas á las armas, el todavía más poderoso apoyo de la opinión, publicando ufana los laureles conseguidos y sintiéndose entusiastamente atraída por las concesiones liberales con larga mano prodigadas por el vencedor, seducida como no podía dejar de estarlo ante el magnífico donativo que exigía el sufragio universal en institución permanente.

Aquellos días fueron los del esplendente triunfo del Gran Canciller. La mayoría de la cámara prusiana compuesta de progresistas y adversarios que habían sido de Bismark se declaró su sostenedora, y sus individuos vinieron á engrosar el partido llamado nacional, en el que hasta ahora se ha apoyado el gran estadista prusiano.

Mas como el reciente liberalismo de éste disgustó á los *pietistas* y á los conservadores, hubo de buscar nuevas alianzas para compensar los amigos que perdía con mayor número de auxiliares. Púsose Bismark en relaciones, como es público, con el socialista Lassalle, y protegió la propaganda de este agitador en favor del *cuarto estado*, de los *desheredados de los pobres*, y en contra de la *burguesía liberal*, respecto á la cual el canciller guardaba rencores por la tenaz oposición que de ella había recibido durante los años que su gabinete vivió en estado de divorcio parlamentario. En aquellos días se oyó á Bismark decir en la cámara: «El gobierno no está acostumbrado á tratar las quejas de los pobres como cosa de juego, cual son miradas desde la plataforma de los ricos. El negarse á escuchar las peticiones que las clases trabajadoras dirigen al trono, no sería justo en mi sentir y no aconsejaré yo que se haga. Los reyes de Prusia no fueron jamás reyes exclusivamente de los ricos.»

A su vez Lassalle predicaba á los suyos que en caso de conflicto entre los conservadores y el gobierno, se pusiesen de parte de la corona.

Es innegable que la especie de pica en Flandes puesta por Bismark al restablecer el imperio alemán, el Rubicon audazmente por él pasado, cuando de golpe y sin vacilar estableció el sufragio universal, fué un cambio directamente contrario al influjo del partido liberal progresista, que así se complacía en llamarse la colectividad política que había hecho la oposición al gobierno, hasta que se reconcilió con él á la sombra de los laureles de Sodowa y de Sedan.

De la inmensa concesión hecha entonces al principio democrático han sabido sus adeptos sacar extraordinario partido; se han reclutado, se han organizado y ocupan una posición de la que será difícil desalojarlos. «Aquella *sólida marcha* de los batallones de jornaleros» con la que el consejero de estado Wagner, celoso cooperador del príncipe Bismark, amenazaba á los liberales habiendo de convertirse en una terrible realidad. El cálculo de disminuir el influjo de los parlamentarios por medio del apoyo y simpatía de los proletarios está costando tan caro al gran canciller como costó á Napoleón III, su ensayo de la misma clase.

Y no es eso solo, porque al mismo tiempo, los católicos en abierta guerra con Bismark, procuran atraerse la confianza de las clases pobres y hemos visto en campaña tres banderines socialistas de enganche; el que sirvió para reclutar á los amigos del gobierno; el tremolado por los católicos y la *bandera capitana* que nunca ha salido de manos de los verdaderos jefes de los pseudo-regeneradores del porvenir, los que hábilmente han sabido aprovecharse de las ilusiones, de las debilidades, de la discordia, entre conservadores y li-

berales para reunir y organizar el formidable ejército que ciegamente le obedece.

Alarmado al cabo el gobierno en vista de los progresos de la propaganda socialista quiso recoger velas y pensó en medidas represivas; pero los liberales desconfiaron, han temido que el gobierno vuelva contra ellos las armas que les pide contra los socialistas: el partido nacional ó sea la gran fracción de los progresistas que se unió á Bismark, se ha cansado de esperar que éste les abriese las puertas del gabinete, y de todo esto ha nacido la situación de alejamiento, de recelo, de prevención contra el gobierno, que tan palpablemente dió á conocer el voto del Parlamento contrario á la suspensión de garantías.

Las elecciones municipales de 1877 demostraron los inmensos adelantos que la ultra-democracia había hecho, y sugirieron la idea de oponer paliativos que han sido del todo insuficientes, pues los candillos de la plebe, confiados en el número de sus adeptos, y en su fuerte organización, se han hecho sordos á las más halagüeñas ofertas, de los que quieren atraérselos como aliados, pero á quienes ellos miran como á enemigos.

Importantes negociaciones se hallaban pendientes entre el gobierno y los jefes parlamentarios del partido católico, cuando el nuevo atentado contra la vida del rey ha venido á poner de manifiesto todo lo complicado de la situación. El gobierno quiere si no deshacer su obra democrática, modificarla al menos; pero el partido nacional receloso, desconfiado, chasqueado hasta cierto punto por permanecer cerradas á sus jefes las puertas del gabinete, vuelve la espalda al canciller; los católicos por el órgano de sus diputados en el Parlamento, reclaman como condición, la abolición de las leyes anti-ecclesiásticas, al paso que oradores de la izquierda echan en cara al gobierno el fomento que ha prestado al desarrollo del socialismo.

El proyecto de ley que para reprimir este elemento perturbador se presentó últimamente á la cámara y fué desechado por la significativa mayoría de 243 contra 57 votos, era en verdad tan sumamente represivo que no es extraño que lo rechazasen muchos que estaban dispuestos á cortar los vuelos á los socialistas, pero que no han querido que pudieran las mismas medidas aplicarse contra los constitucionales. Y sin embargo, opinan en Berlín los hombres de más sano criterio que vá á ser sumamente difícil sofocar la extensión que va tomando el movimiento y la organización proletarias. Lo consideran como una enfermedad social de nuestro siglo, en gran parte engendrada por causas económicas que alimenta la paralización y el decaimiento del tráfico, estado de cosas que de continuar pesando como pesa sobre las clases jornaleras opinan dará, ya sea pública ó secretamente, mayor impulso á la propagación del contagio.

Acerca de este virus social que á manera de corrosivo cáncer se ha inoculado en las entrañas de las naciones modernas, escribía yo hace cuarenta años lo que sigue, en la exposición de la doctrina que sirvió de prospecto á la publicación del *Correo Nacional*.

«La Europa rica y sobrada en elementos de reconstrucción aguarda el advenimiento de una teoría que restablezca la armonía en las nuevas ideas y su estado social. España, por el contrario, poseía á fines del siglo último un sistema completo, emanación de la edad media, sistema que ha dejado de acomodarse á los sentimientos y á las necesidades de la época actual. El antiguo organismo español se ha desmoronado porque no correspondía á las ideas y á los hechos que constituyen la manera de ser de nuestro tiempo; pero su espíritu profundamente evangélico ofrece grande analogía con el carácter, con la misión paternal y armónica que el Estado se verá llamado á dar cumplida para restablecer la paz y la concordia entre la familia humana.»

«Mas ahora que la propiedad se desamortiza (1838), ahora que el interés privado se sustituye por todas partes al espíritu de patrocinio y de benignidad que caracterizaba á los antiguos propietarios, ahora que las empresas industriales tienden á multiplicarse, cuando la acumulación, consecuencia de esta mudanza, vá á encontrarse en manos del interés individual. ¿Cuál será la suerte de las clases trabajadoras, de nuestro pueblo indigente? A una voz responderán los economistas y los políticos del siglo pasado, que

«la distribución de la propiedad entre los particulares, que el aumento de trabajo que proporcionará á los pobres, redundará en beneficio de éstos, y que el Estado no siendo rico sino en razón á las riquezas que los particulares adquieren, la condición del pueblo mejorará á proporción que se difunda el trabajo.»

«Así ha sucedido en Inglaterra y en Francia en los primeros años que siguieron á la expropiación eclesiástica. Un excesivo aumento de trabajo necesitó el empleo de muchos brazos, y mejoró momentáneamente la condición del pueblo. Pero el prodigioso aumento de capitales que siguió á la mutación de la propiedad y á los esfuerzos de la industria protegida por la libertad generalizaron el fenómeno de la acumulación, y los capitales dirigidos con empeño hacia la reproducción, la forzaron; hicieron bajar los jornales al mismo tiempo que la población se aumentó, y pronto vimos las empresas agrícolas y fabriles adoptar por principio la baja progresiva de los salarios, la sustitución de las máquinas al empleo de brazos, todas las consecuencias económicas que hoy afectan aquellas opulentas naciones.»

«En ellas se han creado dos intereses mortalmente enemigos, dos campos contrarios que no han encontrado término hábil de ajustar paces. La propiedad y los capitales, signos exclusivos de riqueza y de goce operando para abaratar el trabajo, y los jornaleros, los pobres, la masa proletaria que no posee conocimientos ni instrucción especial, ni más agente productor que la fuerza bruta y material, reducida casi á la condición del indigente, encontrando apenas trabajo y hallándolo únicamente por un salario á todas luces insuficiente á cubrir las necesidades de la vida. Esta es la parte de pueblo sobre la que fundan aún esperanzas el partido nivelador, la que espera arrastrar un día contra los intereses constituidos para apoderarse del gobierno de la sociedad.»

Estas prudentes y previsoras advertencias no tomadas en cuenta cuando se efectuaron nuestras grandes reformas económicas, harán sentir en su día los efectos de la levadura de descontento y de agravios que la masa del pueblo español atesora y hará estallar en el porvenir si se descuida el estudio de las consecuencias que jamás prescriben para las revoluciones de carácter social, si se hacen mal, si son insuficientes ó errados los procedimientos reformadores.

Causas análogas, sino precisamente de la misma especie, operan en las clases proletarias del pueblo alemán, cuyo espíritu y hábitos no son bastante conocidos y encierran gérmenes de desarrollo, cuyos efectos están destinados á ejercer una influencia que pocos sospechan. Exigiría mayor espacio del de que puedo hoy disponer, entrar de lleno en esta vital cuestión, que me limito á apuntar reservándome el tratarla con la debida extensión.

Si los lectores del CÁDIZ, no han olvidado lo que tengo escrito sobre el tratado de San Estéfano, que no podía ser aceptado por Europa, como la final solución de la cuestión de Oriente, verán en las condiciones con arreglo á las cuales vá á reunirse el congreso en Berlín, la plena confirmación de mis apreciaciones. La existencia de Turquía, como estado independiente, la suerte de las poblaciones cristianas, la libertad ó la clausura de los Dardanelos, no podían ser abandonados á las exigencias rusas, de cuya exclusiva voluntad y en cuyo único interés disponía otro tratado de la suerte de un imperio, que hace más de un siglo viene existiendo, no ya por su propia fuerza, cuanto por ser más conveniente para Europa que se mantenga, tal cual era á verlo desaparecer á manos de un conquistador.

De oficio sabemos la completa pacificación de Cuba. Honor y prez á los que han sabido concluir con la fratricida guerra. Ojalá que tengan igual buena estrella los que hayan de hacer fructificar la paz obtenida. Causas morales, deplorables errores de nuestra administración colonial, ocasionaron la guerra, cuyo principal alimento ha sido el antagonismo entre criollos y peninsulares. Esta antipatía que debió acabarse hace mucho tiempo por los oportunos medios que al efecto pudieron emplearse, cuenta demasiada larga duración para que desaparezca de repente; pero estirparla, quitar todo pretexto para que continúe, debe ser el símbolo de nuestra política colonial, porque Cuba sólo podrá continuar siendo española, gozando sus habi-

tantes bajo nuestro dominio de un gobierno honrado y de racional libertad. Este y no otro es el problema que la pacificación ha de resolver, para que no sean perdidos la sangre y los tesoros que la conservación de Cuba nos ha costado.

La *Revista de España* publicó últimamente un trabajo histórico de verdadero interés, un estudio sobre el gran Conde de Aranda, su época, sus servicios y su carácter. El asunto era digno de ser tratado por un escritor de las dotes del Sr. D. Segismundo Moret y el público debe estarle tanto más reconocido cuanto que el criterio científico no ménos que el sentido moral reclamaban que la memoria del más grande de nuestros estadistas del siglo pasado, fuese vindicada del parcial y estrecho juicio que del mismo Aranda vió la luz hace algunos años en otro artículo inserto en la misma *Revista*.

Hallábame yo á la sazón en Londres y me impresionó tan desagradablemente la lectura del artículo, que de haber tenido datos á la mano habría acometido la refutación. De celebrar es, pues, que el Sr. Moret, inspirado por un criterio elevado, llevado por un patriótico impulso, haya satisfecho un deber á la vez de justicia nacional y de conciencia liberal, dándonos una completa y elegantemente escrita biografía, del hombre de estado de mayor talla que ilustró el reinado de Carlos III.

No hablaré hoy de la menuda política que alimenta las controversias de nuestros partidos. Haría al ocuparme de ella un harto desventajoso contraste con los asuntos que son objeto de esta reseña, del gran drama que hoy se representa en Europa.

A. B.

Madrid 9 Junio, 1878.

LA CIVILIZACION Y LA POESIA.

MACAULAY dice, «que á medida que la civilización avanza, la poesía necesariamente decae.»

Sin negar que la aserción, á primera vista, tiene cierta apariencia de verdad, nos inclinamos á manifestar, despues de un exámen más minucioso, que es una verdad media, á la que la parcialidad del brillante escritor á menudo lo condujo: uno de esos anuncios pintorescos de los que Mr. Spedding, hablando de las extravagantes reflexiones de Macaulay sobre Lord Bacon, caracteriza como procedente de «su amor al efecto retórico en una inteligencia retóricamente predispuesta.» Si, en verdad, fuésemos á suponer la civilización, segun la frase de Maucalay, por sinónimo de educación, como superficialmente se comprende, entónces la aseveración de seguro contendría cierta parte de verdad. Pero si entendemos por educación lo que debe ser, más bien que lo que es, tomando en consideración la naturaleza sensitiva del hombre, así como sus cualidades mentales, entónces la aseveración no sólo no contiene nada de verdad, sino que contiene, hasta cierto punto, algo de pernicioso. Y aún en el caso de que se nos obligase á admitir que la decadencia poética procede de tal causa, no por ello dejaríamos de negar terminantemente la necesidad de tal decaimiento. Positivamente que nada contribuiría de una manera más eficaz á la decadencia de la poesía, que una civilización que se olvidase de educar esas facultades y partes de la naturaleza del hombre, cuyo ejercicio sólo puede producir la poesía y hacer que se aprecie. Y si además, al abandono de esas facultades, damos una importancia exagerada á la educación de las facultades que naturalmente contrarian, al fin llegamos á un terreno tangible y obtenemos algo más que una ligera mirada á la civilización, en la cual la poesía necesariamente decae.

Bajo estas condiciones ¿sería, acaso, sorprendente que la lógica, la metafísica, la ciencia ó cualesquiera de las artes matemáticas ó mecánicas decayesen también? Hace tiempo que los fisiólogos han convenido en que el ejercicio desordenado de un grupo de músculos invariablemente dá por resultado el empobrecimiento de otro grupo homólogo, y es tan posible en la inteligencia como en el cuerpo, que el excesivo ejercicio que desarrolla una serie de facultades, cause la debilidad permanente ó dañe á las demás. Ni tampoco

puede negarse la constante prosecucion de actos científicos y mecánicos, que han dejado á un lado la imaginacion, han dado por resultado que nuestros más recientes adelantos no sean, en realidad, más que un progreso defectuoso. Atendiendo exclusivamente á la educacion de la parte sensitiva de la naturaleza del hombre, sin duda alguna se logrará crear un *marica* que apenas podrá suministrar bríos suficientes para el héroe de una novela de á real; pero por el contrario, si se cultiva igual y exclusivamente la parte racionalista, se desarrollará algo que es tan débil, tan peligroso y mucho más insufrible que lo anterior.

Para mirar fijamente cualquiera cosa con un ojo, es natural cerrar el otro, y así del mismo modo al fijar el ojo de la razon no debe uno sorprenderse de que se cierre el de la imaginacion. Con una civilizacion cuyo progreso es completamente positivo, la educacion de la cabeza y del corazon deben ir á la par, y el supuesto adelanto, en el cual la poesia decaiga, es más que probable que sea la civilizacion de una época que sacrifique sus sentimientos á su razon.

Si esto es cierto, debemos prepararnos á ver decaer otras muchas cosas. En primer lugar, despues de la poesia, quizás la religion, y despues de esta la posibilidad de la cohesion politica. Si leemos la historia cuidadosamente, encontraremos en el mayor número de casos que esta civilizacion mutilada, aunque se la revista de altisonantes calificativos, como «perfectibilidad de la naturaleza humana,» «edad de la razon,» etcétera, etc, tiene la fuerza de aparecer y moverse en un círculo y gastarse en él.

Poco á poco la mitad abandonada de la naturaleza humana, toma su venganza. El torrente fatal que ahoga esta cultura sin emociones, está en que no contiene ninguna clase de amalgama humana suficientemente fuerte para mantener ligada la sociedad. Las fuerzas individuales que la componen son lo que Lord Palmerston hubiera llamado «un concurso fortuito de átomos» que no posee ningun elemento de adherencia politica. La cosa olvidada que con el nombre de emocion se dejó dormir tranquila y profundamente como un cordero, sin que los activos adoradores de la razon se aperciesen del hecho, se despierta al fin con nombre y naturaleza combinados. Es ahora un leon. La emocion menospreciada se ha encolerizado; lo cual es una transicion fácil. Repuesto por el sueño el leon se levanta, mira con ceño alrededor, se lanza á la sociedad con la cola erguida, inaugura un reino de terror y vuelve á establecer la soberanía del bruto. Pero una vez pasado el ataque de ira y que el corazon ha cobrado sus atrasos en sangre y al contado, la sociedad se vuelve á sentar vestida otra vez y con el ánimo tranquilo. El Sisifo de la civilizacion se vuelve á encontrar atado al pié de la roca, aceptando alegre una filosofia que, siendo ménos pretenciosa y ménos altisonante, es, sin embargo, mucho más humana.

ANDRÉS CASSARD.

New-York, 1878.

Á MI INVOLVIDABLE HIJA CONSUELO.

Á tu lejana tumba
Llegue, hija mía,
El suspiro que el alma
Tierna te envía;
Ya que en mi anhelo
Llorar no puedo amante
Sobre ese suelo.

El tiempo y la distancia
Diz que en las penas
Dan tras horas aciagas
Otras serenas;
Mas ¡ay! que nunca
Mi fúnebre recuerdo
Su imperio trunca.

Quiero vivir unida
Á esas memorias
Que incesantes me cuentan
Tristes historias;
Y en mis oídos,
De mis muertos sostienen
Nombres queridos.

Yo rechazo ese olvido
Que extiende un manto

Sobre la muda losa
De un amor santo;
Que un lazo fuerte,
Sin pensarlo me une
Siempre á la muerte.

Yo con mi fe te miro,
Hija adorada,
En la mansion celeste
Que es tu morada;
Entre aéreas nubes,
Formando el coro sacro
De los querubes.

Yo sé que tu inocencia
No necesita
El saldar esa deuda
Que á orar incita;
Pues la plegaria,
Tan solo al que delinque
Le es necesaria.

Y no obstante, ángel mio,
Á tu recuerdo
Aun tu dicha pensando
La calma pierdo;
Y van mis ojos,
Á fijarse en la urna
De tus despojos.

Yo bendigo ese astro,
Cuya luz pura
Ilumina esplendente
Tu sepultura;
Y enseña al hombre,
Grabado sobre el mármol,
Tu amado nombre.

Yo adoro esos rumores
Del aura leve,
Que al pié de tu sepulcro
Las ramas mueve;
Y en el misterio,
Rápida va cruzando
Tu cementerio.

Hoy, cual amante ofrenda,
Guarda hija mía,
Las lágrimas que el alma
Tierna te envía;
Y al recojerlas,
Haga Dios, que en tu tumba,
Se vuelvan perlas.

EMILIA QUINTERO Y CALÉ.

Lugo: 1878.

LUZ Y SOMBRA.

(En el aniversario de su natalicio.)

Cuando el Sol refulgente
Sus puros rayos á la tierra envía,
Y natura esplendente
Muestra con ufania
De su verdor la pompa y bizarría;

Cuando el céfiro alado,
Besando el cáliz de las tiernas flores,
Por el alegre prado
Vá susurrando amores
Y esparciendo balsámicos olores,

El corazon que gime
Sujeto al yugo del amor tirano
Siente anhelo subline,
Y al dolor inhumano
Alivio bienhechor procura en vano.

Y ni natura bella
Brindarle puede encantos ni primores
En su amarga querella,
Ni perfumes las flores,
Ni el áura halagos, ni la luz colores.

Todo concierto y gala
Su duelo acrece, su ansiedad aumenta;
Y en suspiros exhala
El mal que le atormenta,
Y aplaca así la tempestad violenta.

Mas para el alma pura
Que en plácidos amores se extasia,
Es luz la sombra oscura;
El silencio, armonía,
El dolor, celestial melancolía.

Así yo, que te adoro,
Y el bien logré de tu cariño santo,

Hoy con plectro sonoro
Bañado en dulce llanto
Tu venturoso natalicio canto!

JESUS CENCILLO.

Madrid: 1878.

MI ÚNICO DESEO.

No ambiciona mi ser, ni la grandeza,
Ni la pomposa vanidad mentida;
Ni la dicha precaria y fementida;
Ni codicio del mundo la riqueza.

Yo no ansío, tampoco, en mi pobreza,
De la gloria la fama apetecida;
Yo no aspiro, en verdad, en esta vida,
Á nada, aunque parezca ser torpeza.

Mi decision, fijada en lo profundo
De mi alma, firme está... mi pensamiento
Tiende ora á un solo fin, sin que en el mundo

Nada pueda cambiar el sentimiento:
Mi gran deseo y mi ferviente anhelo
Es contemplar á Dios allá en el Cielo.

ANDRÉS CASSARD.

Nueva York: 1878.

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE LA SRA. D.^a MARÍA DEL ROSARIO LOPEZ DE RAMOS.

Dicen que la virtud y la ventura
Nacieron ambas en el alto Cielo,
Y que suelen bajar al duro suelo
Enlazadas las dos desde la altura.

Una vez en la tierra, se asegura
Que cede un tanto el fraternal anhelo;
Y así con la virtud no va el consuelo,
Ni con la dicha va la virtud pura.

Como dicha y virtud tú poseiste
Y tus padres, tu esposo, tu hija, en calma
Gozaban sin que nada les aflija,

Rompióse entre las dos el lazo triste
Y huyendo la ventura con tu alma
Tan solo la virtud quedó en tu hija.

S. A. DE DIOS.

Cádiz, 18 Junio, 1878.

Á PATROCINIO DE BIEDMA.

¿Dónde naciste tú, musa divina?...
En el fondo del mar, como la perla,
En la rosa gentil, como el perfume,
En el espacio azul como la estrella?...

Tú que brillas y encantas y conmuevas,
Tú que tu patria con tu nombre llenas;
Tú que llevas el cetro soberano
En el mundo ideal de nuestras letras.

Dónde viste la luz? Qué pueblo tuvo
La dicha de escuchar por vez primera
El eco dulce de tu voz, que hoy día
Tan poderosa vibracion encierra?

Cuál es el pueblo que meció tu cuna,
Dó está el hogar en que nació la Biedma,
Esa hermosa mujer que nos encanta
Nos subyuga, enamora y encadena?

Yo lo quiero saber, porque su nombre
He de ensalzar al ensalzarla á ella;
Mas, ya lo sé!... Nació en Andalucía
En el fondo tranquilo de una aldea.

Esto, con otras cosas que la honran
En uno de sus libros dice Trueba;
¡Nació aldeana la brillante dama,
La que iba á ser de distincion emblema!

Y por qué la llamaron *Patrocinio*?
Adivinaron que á la sombra excelsa
De su talento, que al amparo suyo,
Patrocinada por su mano bella,

Una *Federacion* brotar debía
Para honra y gloria de las patria letras,
Que mostrase á los hombres el camino
Por dó el talento á lo inmortal se eleva?

Por esto fué sin duda, y yo bendigo
Ese nombre tan bello, que es emblema
De cuanto harás por nuestra amada patria,
De cuanto has hecho ya por nuestras letras.

Y bendigo también con toda el alma
Esa aldeita que nacer te viera...
¡Salud pequeño pueblo!... tú eres grande
Solo con ser el pueblo de LA BIEDMA!

LEOPOLDO BLACKER.

Madrid, Mayo 1878.

EL BESO DE UNA VÍRGEN.

Si luceros parecen sus retinas,
Como temblantes nubes nacarinas
Los estendidos párpados
Cubren su clara luz:

Sus lábios se dilatan balbucientes,
Rica sarta mostrando sonrientes
En su fondo purpúreo,
Como perlas de Ormuz.

Su seno, en movimiento acompasado,
Hace que el albo lino en que velado
Castamente dilátase,
No deje de ondular.

Así en tranquila noche misteriosa
Sus ondas á la luna silenciosa
Con espuma blanquísima,
Por gala, ostenta el mar.

Ni el más leve temor vaga en su mente
Por lo que tersa está su pura frente;
Su cuello es el del ánade
Gozoso en su quietud:

Abundantes cabellos destrenzados
Permiten ver sus hombros contorneados;
Protector y simbólico
Manto de la virtud.

Descansa su mejilla sonrosada
En mano más perfecta que pintada
Por el de Urbino célebre
Artista soñador:

Sus dedos que una lámpara iluminan
Con el marfil compiten y terminan
Delicados en ópalo,
Estrechan una flor.

Un nardo es que perfumó fragante
El raudal de sus rizos, ondulante
Y que aspiró en un éxtasis,
Dichosa, al dormir;

Nardo que al consagrarle su existencia,
Con besos la embriagaba de su esencia
Y que goces quiméricos
Le reveló al soñar.

Desplegando su espíritu las alas,
Mariposa que vé sus nuevas galas
Y al impulso del céfiro
Impera en el pensil,

Se alza y gira en su dulce desvarío,
Ostenta en los espacios su atavío
Y de la tierra aléjase
Morada del reptil.

Ya vé sin horas trascurrir los días,
Oye en otras esferas armonías,
Escucha alegres cánticos
De ritmo encantador;

Ondinas entrevé, sílfides, hadas,
Se columpia en las nubes plateadas
Y se baña en las órbitas
De radioso fulgor.

Y descendiendo, salvando la distancia,
Entre luz y rumores y fragancia,
Abriendo vago círculo
En el etéreo tul,

Y en selvas donde cantan ruiseñores
Se cierne entre las aves de colores
Y se impregna en los átomos
De la neblina azul.

¿Qué descubre en el lago trasparente
Al que llega el raudal de oculta fuente
Salpicando los cálices
De azucena y clavel?

¿Qué turba su apacible y dulce calma?
Ojos cuyo mirar llega hasta el alma
Cual saeta flamígera
Que dispara Luzbel.

Como chispea el leño que se inflama,
De aquellos ojos parte viva llama
Comunicando el vértigo
Que origina terror.

Y la vírgen se turba, miedo siente,
Y circula en su sangre fluido hirviente
Y abrasa sus moléculas
Desconocido ardor.

¡Qué hasta en sueños conserve tu inocencia
El ángel protector de la existencia;
Que obligue á huir tu espíritu,
Del mal, por intuición;

Niña feliz y cual feliz hermosa,
Gentil capullo de aromada rosa,
Que aún no deshoje el ábrego
Tu tierno corazón!

Del Sol naciente un rayo luminoso
Penetrando, acaricia tembloroso
La tersa frente pálida
Que corona de luz.

Semeja la áurea lluvia de Danae.
Ved á la bella, en su letargo atrae,
Como amuleto mágico,
Á sus lábios la cruz.

Y el silencio se turba, y un sonido
En el espacio ondea, conducido
Por gozosos arcángeles
Que complace al Señor:

Fugaz arranque de inquietud y anhelo,
Nota que al palpar vibra en el Cielo.
¡Benditos de aquel ósculo
La esencia y el rumor!

J. TEJON Y RODRIGUEZ.

Málaga: 1878.

ACUARELA.

I.

De noche en tu ventana me aguardabas
Cuando el primer amor á ti me unía,
Impaciente de pena suspirabas
Si puntual á la cita no acudía.

Esperando con ansia tal momento,
Llegaba yo, confuso, conmovido,
Á escuchar de mi dicha el juramento,
Entre tus tiernos besos confundido.

Amor, eterno amor yo te juraba
En medio de mi célica alegría,
Y la Luna que así nos contemplaba...
Celosa entre mil sombras se escondía.

II.

Al fin unidos para siempre, cuando
Por la noche á tu lado regresaba,
Tu doncella la calle vigilando,
De mi llegada entonces te avisaba.

Tú dejabas tus libros presurosa
Apareciendo luego en la ventana,
Yo te adoraba al verte tan hermosa
De mi albedrío dueña y soberana.

Ni una frase de amor, ni de ternura
Me dirigías cuando yo te hablaba,
Mas yo que contemplaba tu hermosura
Tu tibieza mortal no reparaba.

III.

Pasaron de esta suerte muchos días,
Y una noche que aprisa regresaba,
Ni fija en tu ventana aparecías
Ni nadie mi llegada te anunciaba.

Un criado me dijo por tu orden
Que ausente estabas en aquel instante,
Entré en tu tocador, y ví el desorden
Que sucede al vestir de una elegante.

Con tu madre muy tarde regresaste,
Y al abrazarte yo de amor rendido,
Mis abrazos con prisa desdeñaste
Temiendo que arrugasen tu vestido!...

JOSÉ JUAN JAUMEANDREU.

Barcelona: Mayo, 1878.

REVISTA DE MADRID.

DESDE nuestra última carta ha pasado un mes; pero no un mes de treinta días, como los demás del año, sino un mes lleno de peripecias, de agitación, de vida y movimiento, positivo unas veces, negativo otras. En estos treinta días se han cerrado dos teatros, y han comenzado las funciones en el palacio de San Juan. Han tenido lugar las ferias, la Velada de San Antonio, varios conciertos musicales, funciones de beneficio, publicación de libros, estreno de varias obras dramáticas, bailes, carreras, corridas de toros ordinarias y extraordinarias, y otra porción de sucesos de que no nos acordamos. Vean, pues, nuestros discretos lectores, si tenemos razón en afirmar que el mes que ha transcurrido desde nuestra última crónica, no es sólo un mes de treinta días.

La nueva feria de Madrid dista mucho de ser un acontecimiento importante; pero bajo cierto punto de vista ha llenado su objeto. Si no se han realizado grandes transacciones mercantiles, se ha bailado, han tenido lugar varios conciertos en los elegantes salones del Círculo-Mercantil y de la Diputación provincial. Las músicas, las iluminaciones, los fuegos artificiales y las regatas en el gran estanque del Retiro, han proporcionado amena distracción al pueblo. El salón del Prado, en el que la luz eléctrica lucía en dos grandes focos, se ha visto concurridísimo. Muchas pollitas forasteras han eclipsado con su belleza, fresca y sencilla, los estudiados encantos de más de una hermosa madrileña. Las corridas de toros se han visto muy animadas. Las carreras de caballos, planta exótica en este país, no tuvieron todo el éxito que algunos esperaban: somos aún muy españoles. Por aquello de no haber dichas completas, faltaron las carreras de velocípedos, con las que se contaba, y de las que algunos pensaban sacar gran partido para divertirse. En fin, con la feria, tal como ha sido, acaban de pasarse tres semanas de semi-fiesta; esto es lo verdaderamente cierto.

Al terminar la feria se inauguraron las funciones en el Buen Retiro; pero con tan mala fortuna, que de los ocho días que llevan abiertos los jardines, siete ha hecho frío y uno ha llovido. En la noche de la apertura hubo mucha concurrencia; pero en las siguientes bajó á cero. Para colmo de desgracia, la única obra nueva que allí se ha puesto, que ha sido una zarzuela en un acto, titulada *César y Antonio*, hizo fiasco.

En Apolo, único teatro de verso que aún está abierto, se han estrenado varias obras. Un arreglo del francés, hecho por D. José Zorrilla, con el título de *El Doctor Diógenes*, que ha gustado mucho. Otro arreglo de la misma procedencia, hecho por Anguita, titulado *Los dedos huéspedes*, que también obtuvo buen éxito, y, por último, una comedia original de Campo Arana, que se llama *Las penas del purgatorio*, á la cual le falta mucho para ser siquiera mediana.

En la Comedia, siguió por unos días la compañía italiana, llevándose la atención de la buena sociedad; pero el calor comenzó á dejarse sentir algunas noches, y comenzó también la deserción, y vino la clausura.

El Circo ecuestre se vé concurrido, como siempre, los días de fiesta, y la noche que se presenta un artista nuevo: en las demás noches no acuden sino los aficionados al género.

A pesar de las promesas, en Arderius nada nuevo hemos visto. Se habla del estreno de una Revista europea universal, titulada *El diablo Cojuelo*, libro de dos poetas muy conocidos, y música del maestro Barbieri; pero hasta la fecha no se sabe cuando será la primera representación.

Durante las ferias, la sociedad nueva *Union-artística-musical*, ha dado una serie de cuatro conciertos de *primísimo cartel*; haciéndonos escuchar algunas obras completamente nuevas, de verdadero mérito, entre otras, *L' Danse Macabre*, pieza originalísima que ha llamado mucho la atención, y una magnífica *Elegía* á la memoria de Rossini, que también ha sido extraordinariamente aplaudida. La novedad es hoy imprescindible, si se quiere conseguir algo: lo conocido, aunque tenga verdadero valor intrínseco, no nos seduce: así que, sobre todo, por las obras nuevas que ha dado á conocer esta Sociedad-musical, se ha puesto de moda, y los conciertos están siempre favorecidísimos.

Los gimnastas de uno y otro sexo están hoy en voga,

y ya no es sólo en el Circo ecuestre en donde se admiran los prodigios de agilidad y fuerza, y la riqueza y elegancia escultural de las formas. Durante el pasado invierno, en el clásico teatro Español, allí en donde han resonado los versos de Lope y Calderon, de Tirso y de Moreto, ha hecho sus ejercicios acuáticos Mis Lurline, y ha exhibido sus bellas formas Mis Leona Doré. Hoy, en los jardines del Retiro también tenemos gimnastas, y probablemente los habrá más tarde en el Circo de Madrid.

Como compensacion, y en desagravio de este mal gusto, se habla de una segunda serie de conciertos clásicos en los que, la Sociedad *Union-artístico-musical*, introducirá grandes masas corales, para dar á conocer obras que no pueden ejecutarse sin este requisito.

La música ha recibido en estos últimos meses un entusiasta culto, porque en la corte existen verdaderos inteligentes, apasionados del divino arte, y siempre que se trata de un buen concierto, el público responde al llamamiento.

Para un objeto benéfico tuvo lugar, ayer 15 por la tarde, en los jardines de San Juan, una funcion musical, á la que concurrió toda la buena sociedad, ostentando las señoras un lujo esplendente en trages y prendidos.

Los conciertos bisemanales del Retiro se ven siempre muy favorecidos, por más que no brillen por la brevedad. El único que ha tenido lugar este año desde la inauguracion, pues el segundo se suspendió por el mal tiempo, se componia de lo más gastado del repertorio. La muerte de Oudrid y la retirada de Barbieri, fueron fatales á los conciertos clásicos, pues sabido es cuanto influye en estos casos la direccion.

El movimiento literario no es mucho. Entre los libros últimamente publicados, el más importante es la segunda edicion de *Las tragedias*, escritas en catalan por D. Víctor Balaguer, y traducidas á verso castellano por nuestros primeros poetas. En el mundo literario se ocupan mucho de este bellissimo libro, que es una verdadera joya, tanto el original como la version.

Entre las pocas novelas que hoy se publican, hemos visto algunas entregas de una, original histórica de D. Antonio San Martin, que lleva por título *Reina impura y page maldito*. Con decir que el texto corresponde al lema, excusamos los comentarios. ¡Válanos Dios y qué literatura!

Con el título de *Historia literaria de España*, APUNTES CRÍTICOS, ha publicado un elegante folleto el conocido escritor D. Luis Vidart. El language es castizo puro y conciso y las consideraciones expuestas de mucho peso. El principal objeto de esta publicacion es señalar las muchas omisiones que se han cometido al compilar las obras de los autores clásicos españoles, olvidando á algunos de gran valia, rebajando así nuestra historia literaria, que debe y puede estar á la altura de las más ricas, puesto que, desde la dominacion romana, hemos tenido escritores de todos géneros, llegando en el siglo de oro á ser nuestros poetas los primeros del mundo. Con un criterio altamente liberal, y aún á riesgo de chocar de frente con opiniones muy autorizadas, insiste en que las causas de la decadencia de nuestra literatura, durante la última parte del siglo XVII y todo el XVIII, fué la intolerancia religiosa, é insistiendo en que la libertad del pensamiento es la primera y más sagrada de todas las libertades, y por la que más debemos afanarnos.

Revistas literarias nuevas han salido algunas, pero alcanzan, por punto general, tan efimera existencia, que se olvidan aún antes de saber sus títulos.

Terminamos, porque nada resta que encierre verdadero interés y merezca la pena de ser referido. Veremos si el mes de Julio nos brinda sucesos más notables que reseñar.

SOFÍA TARTILAN.

Madrid, Junio: 1878.

CARTAS DE PARÍS.

SRA. D.^a PATROCINIO DE BIEDMA.

NADA más difícil, ilustre amiga mia, que hablar de París, y nada más imposible que hacerlo durante la Exposicion, acontecimiento de tal

importancia que hará época en la historia tan accidentada de este país. No crea Vd. que digo que hará época porque sea un fenómeno raro una Exposicion universal en el último tercio del siglo XIX; el mismo París, Viena, Londres, y Filadelfia, han sido teatro de acontecimientos idénticos; pero nunca se han reunido las circunstancias que ahora.

Después de una lucha extranjera que parecia haber agotado las fuerzas vivas de la nacion; apenas sofocada una terrible insurreccion popular cuya enseña era la destruccion y la muerte; cuando Francia parecia llamada á desaparecer quizás del número de las naciones ó cuando ménos de las naciones poderosas, se observa ese poderoso movimiento regenerador de que ha sido atónito espectador la Europa, y esta nacion resucita cual otro fenix de entre sus cenizas, y al resucitar aparece más fiera, más poderosa que nunca y más que nunca digna de admiracion y de cariño. El pueblo que se regenera por el trabajo lava todas sus culpas y merece el dictado de grande y de noble.

Y Francia paga una enorme indemnizacion de guerra en ménos tiempo casi que el que materialmente se necesita para recaudar cantidad tan fabulosa, y redime así aquellos pedazos de su propio territorio que como prenda pretoria conservaba el vencedor; avienta las cenizas que los incendios de la Commune produjeron para hacer surgir en los mismos sitios que antes ocupaban (pero más suntuosos, más ricos que antes), los palacios, los monumentos que el petróleo pretendiera borrar para siempre; y los estragos de las dos guerras se quedan sin huellas en las ciudades y en los campos aunque guardándolas muy profundas y sangrientas en el corazón de todos los franceses; y la nueva savia vigorizadora que circula por las venas de la nacion rejuvenecida es tan exhuberante, que para dar al mundo una patente prueba de ella ya no le basta con volver á ser lo que era, necesita más y esta necesidad es traducida por la gigante inteligencia de Thiers, por la idea realizada hoy de una nueva Exposicion universal.

¡Y qué importa al país que sabe realizar los imposibles, que una derrota parlamentaria haga bajar de su elevado puesto al hombre más grande y más patriota que ha tenido Francia, ni que á la subida al poder del derrotado en Sedan los vientos de la reaccion lo lleven al campo de esta, y la libertad á tanto precio ganada se vea amenazada de un eclipse total y de duracion tal vez larga! Francia queria la Exposicion y queria la libertad; y la sensatez y el patriotismo de los franceses hizo triunfar estas dos ideas.

Recuerdo que apenas disuelto el congreso por el Mariscal Mac-Mahon, y en visperas de las elecciones que dieron por resultado el actual cuerpo legislativo, me escribia un amigo de ideas algo exaltadas contestando á las dudas que yo le manifestaba sobre la realizacion de la Exposicion. «Pierda Vd. cuidado, me decia, que apesar de las veleidades de M. M., apesar de cuanto se haga por llevarnos á una resolucion extrema, las elecciones se harán con completa libertad y de las urnas saldrán la república y la Exposicion.»

Los sucesos han demostrado la exactitud del vaticinio de mi amigo, y la Exposicion es un hecho.

¡Pero qué hecho, Dios mio!

Cuantos han visitado las anteriores Exposiciones universales, inclusa la de 1867, todos convienen en que es la más completa, la más grande, la más suntuosa, la más rica, la mejor de las Exposiciones habidas, y la multitud que á ella asiste cuando apenas está terminada, indica que será tambien la más concurrida. Parece que todos, nacionales y extranjeros vienen á París más que con el deseo de ver la Exposicion, con el objeto de felicitar á Francia por su rápida regeneracion.

A ciento cuatro mil visitantes en un dia ascendió el mayor número de los que asistieron á Filadelfia; al campo de Marte ha habido ya dias de haber concurrido 200.000 y aún 203.000 personas. Y téngase en cuenta que desde la inauguracion las lluvias han sido constantes hasta ahora y que la temperatura ofrece tambien bastante crudeza, aparte de que algunas instalaciones no están terminadas. Calcúlese qué será esta Babilonia cuando la Exposicion haya llegado á su lozana juventud y cuando la proximidad de la época de su clausura exciten á los todavía reacios á disfrutar de un bien próximo á desaparecer.

Es incalculable la riqueza que desenvuelve en un país un acontecimiento de esta clase. La idea de dejar bien puesto el honor nacional, incita á los naturales desde la aparicion del decreto-convocatoria á perfeccionar sus productos, á crear tal vez otros, y la emulacion que cuando es noble y digna tantas cosas grandes ha creado, es causa de la mejora de la produccion nacional, mejora que determina la extension de los mercados, el aumento de la exportacion, el crédito del país y el auge de su riqueza, riqueza que á su vez llega á un extremo considerable con los raudales de oro que los extranjeros vienen á derramar incesantemente durante la época de la Exposicion.

Si desde el mundo en que se encuentra, puede observar Mr. Thiers el movimiento, la fuerza, el poder que ha venido aquella á determinar en este país que tan querido le fué, la satisfaccion de ser el autor de todo esto, será para él la recompensa más grata de los muchos afanes y trabajos que le costó asegurar la paz y la tranquilidad tan indispensables para empresas de esta indole.

Pero noto con sentimiento, amiga mia, que mi pluma corre sin freno por senderos adonde yo no queria conducirla y que siendo mi objeto dar una ligerísima idea de la Exposicion de París, he hablado mucho de esta, es verdad, pero aún nada he dicho que pueda llevarme al fin que me proponia, y lo peor es que aún sintiendo molestar demasiado á los benévolos lectores de su ilustrada publicacion, de quitarles un lugar que debe ser mejor ocupado, yo no puedo terminar hoy mi tarea.

Será preciso, pues, que otra carta (en la que le prometo á Vd. evitar toda digresion) sea la encargada de la realizacion de mi propósito, y en el interin suplico á Vd. su intercesion para que los lectores del CÁDIZ me dispensen el tiempo y la paciencia que hoy les he hecho perder.

Queda esperando sus órdenes su afectísimo amigo y s. s. q. s. p. b.

CAYETANO DEL TORO.

París, Junio: 1878.

LITERATURA EXTRANJERA.

LA PATTI EN LA «SCALA.»

(Traducido del Secolo.)

El encanto ha cesado, ahora comienzan los comentarios del público, las narraciones de los cronistas, los juicios de la crítica; nosotros, mientras tanto, haremos la simple revista del espectáculo.

Los instrumentos de arco tocan con muy buen gusto el delicado preludio de la ópera de Verdi, *Traviata*; se levanta el telon y en medio de las alegres melodías de la introduccion, aparece la Patti: rostro simpático, cabello negro, talle delgado, un espíritu de nobleza (gentileza) parece resaltar de su elegante persona. Viste un traje de larga cola, de raso color rosa, adornado con hojas verdes; una cinta de terciopelo negro, cuajada de brillantes, le ciñe el cuello y sujeta una espléndida cruz tambien de brillantes.

El público saluda á la diva!

El éxito de la ópera siguió las faves de un verdadero *crescendo* rosiniano.

El brindis, cantado por Nicolini y la Patti, recibe aplausos, pero gusta más el duo que sigue en la parte que dice: «Croce, croce e delizia al cor.»

El corazón se conmueve, y el público no puede dejar de gritar: ¡bravo! Pero hé aquí que la Patti modula su bella respuesta juguetona:

«Ah! se ció é ver, fuggitemi.»

Con tanta precision y pureza en la agilidad, y con tan inesperados y felices contrapuntos de colorido, que el público queda pasmado de admiracion; la pronunciacion de la Patti es tan limpia, que no se pierde una palabra, y añade prestigio á su canto.

La cadencia fué un prodigio de ejecucion.

Los aplausos estallan de todas partes, pero el público luego desistió....

En los recitados se conocen los grandes artistas, y la Patti dijo lo que precede á su aria del primer acto, con una interpretacion peregrina, y lo concluyó con un *gruppetto* que no puede ser más suave; con un hilo de voz, que sin embargo, se esparce por todo el teatro, comenzó el andante: «Ah! é force lui che all'anima,» pero á las palabras: «Dell'Universo entero» una ola ardiente y afectuosa conquistó el corazón de todos. Se dice que ha sido la primera en introducir en este punto la variacion conocida

por todos, y que añade tanta eficacia á aquel pensamiento. Un *pianissimo* sucede al *minore*: «Croce e delizia» hasta que la cadencia provoca los mayores aplausos.

El vals fué para ella un verdadero triunfo: lo canta naturalmente en el tono original.—En la cadencia que precede á las dos *cabalettas* hace una variación de una nota aguda, del todo particular que los conocedores comprenden y gustan inmediatamente.

Basta oír este trozo para tener idea de los talentos de la eximia-artista.

La voz es muy clara, aterciopelada, extensa y homogénea; las notas de agilidad resaltan como perlas sobre terciopelo negro; es admirable el trinado agudísimo sobre el *do*, no hace el menor esfuerzo en las notas agudas, perfecta igualdad de timbre en toda la extensión de más de dos octavas, admirable la perfección de las escalas, sorprenden los *picchiettati* (semejante al sonido del arpa y de la flauta combinados), los llamados sonidos *martellati* y, finalmente, aquel último trinado sobre el *sol* agudo, que ejecuta en el colmo de la ebriedad atravesando de carrera la escena desde la orquesta á la puerta del fondo.

Caido el telón se quiso ver tres veces á la Patti, sobre cuya frente resplandecía la sonrisa de la nueva fortuna!

Nicolini, con su robusta voz, con sus notas agudas, casi diríamos incomparables, con su talento de músico perfecto, se granjeó el completo favor del público en el adagio de su aria; en el segundo acto omitió el *allegro*.

La Patti reaparece; esta vez su tocado no llama menos la atención de las señoras: vestido de raso azul oscuro, corpiño de raso blanco, adornos de diversos colores, y muy vistosos brazaletes de oro. No es posible describir los detalles de su artístico traje, que es del mejor género de fantasía.

En el dúo con el barítono (señor Giraltoni) se manifestó á más de genio cantante, la actriz que palpita de la vida del personaje ideado por el poeta y el maestro. Cuando con acento dulcísimo y expresión progresiva canta:

«Dite alla giovane, etc.»

uno no puede menos de sentirse conmovido.

Las notas de esta diva de la escena son una verdadera emanación del alma.

Después de la aria de Giraltoni

«De Provenza il mar, il suol»

se baja el telón para dar tiempo á la diva de aumentar el esplendor de su *toilette*.

Esta vez el vestido, de un lujo nunca visto en la escena, es de raso blanco bordado de plata finísima; cuelgan al rededor recortes de hojas verdes, sobre las que resaltan blancas camelias; la misma vuelta de hojas realza la blancura del cuello y pecho, sobre el cual resplandece siempre (tal vez un talismán) la cruz de brillantes.

En la escena de la acusación, Nicolini hace oír notas bellísimas y poderosas; el público lo aplaude.

Pero un triunfo mayor está reservado, tanto á la Patti como á Nicolini, en el gran trozo de conjunto, interpretado por ellos como nunca se había oído hasta ahora.

Terminado el acto, los aplausos, los gritos entusiastas no se acababan; se quiso aplaudir á los artistas llamándolos á la escena por dos veces consecutivas.

Llegamos finalmente al último acto. Aunque la atención principal fuera para la Patti, sin embargo no se dejó pasar desapercibida la excelente ejecución del prelude, y el público aprovechó esta ocasión para aplaudir al eximio concertista, al maestro Bernardi.

Ahora estamos en el lecho de muerte... el lujo de los trajes ha sido abandonado. Violeta viste sencillamente una bata.

Canta el «addio del passato» una sola vez, lentamente, con suavidad melodiosa, con el alma angustiada, el *la* agudo que termina el trozo, es un grito de dolor. El público aplaude, y pide el *bis*... Pero fueron las palabras: «May più dividermi sa pró da té»... en el dúo entre Violeta y Alfredo, las que marcaron el mayor grado de entusiasmo. Esa parte dialogada del dúo que siempre pasó inapercibida, fué interpretada con tanto talento vocal y con tanto poder dramático, que el público quiso y obtuvo de la amabilidad de los artistas la repetición.

El dúo «Parigio cara» fué también cantado con tanta pasión y con tanto genio artístico, que llegó á ser muy nuevo uno de los motivos más viejos.

La cadencia fué ejecutada por ambas veces de un modo maravilloso: se quería también el *bis* de este trozo.

Fué igualmente muy bien dicho: «Gran Dio morir si giovane.»

La Patti lo comienza con la impetuosidad de una alma desesperada, en seguida como á quien le faltan las fuerzas disminuye la intensidad de la voz con un *decrecendo* que es todo un poema. Interpretó de una manera indescriptible la escena de la muerte; el público entero se sintió conmovido por los acentos expresivos de aquella mágica voz, y por aquella acción tan verdadera... Al bajar el telón, los aplausos subieron al cielo: para sellar el éxito y confirmar

la celebridad de la Patti y de Nicolini, el público los llamó por más de seis veces á la escena.

La Patti en el primer acto ha sido la cantatriz de la gracia y del brio, en el último la artista de la pasión y de la verdad dramática.

X.

VIRGINIA.

(Continuación.)

CAPÍTULO TERCERO.

Revelación.

Aquella misma noche, á hora ya avanzada, Sor Teresa se acercó al lecho de la mendiga; no dormía: apenas la vió cogió con ansiedad una de sus manos, y la dijo con espanto:

—Por piedad, hermana mia, no me abandone Vd.: tengo un miedo horrible al verme en este sitio pavoroso; de día por fin, parece que la claridad del sol anima y vivifica; pero en las altas horas de la noche, cuando el silencio sepulcral de este recinto es interrumpido solamente por el gemido de los moribundos, me causa una impresión dolorosa.

—Cálmese Vd., hija mia, no la dejaré hasta el amanecer, que haré le preparen una habitación independiente donde estará Vd. sola.

—¡Ah! eso costará caro; y yo, hermana mia, no poseo ni una peseta.

—Ahora mismo acaba un caballero de darme esta cantidad para que la entregue á la persona más desgraciada del hospital; y en conciencia creo es Vd. merecedora del donativo. Tómela, pues, hija mia, y no desconfíe nunca de la misericordia de Dios.

—En ella tengo confianza, y solo mi fé y el amor á mis hijos ha podido sostenerme en las tribulaciones de mi triste vida.

—Vea Vd. de conciliar el sueño; yo la prometo no separarme de aquí.

—Imposible: para dormir necesito antes desahogar mis penas en un pecho amigo, y nadie mejor que Vd. puede ser la depositaria de mis dolorosas confidencias.

—Hable, pues; la escucho con el más vivo placer.

Sor Teresa tenía un fondo de bondad inagotable; era una de esas criaturas que aunque se sientan heridas por la adversidad ó la ingratitud no creen en el mal ni en los ingratos, juzgando excepciones á las criaturas de quienes han recibido venenosas mordeduras. Estaba dotada de una belleza suave, insinuante, que no chocaba á primera vista; pero que al fijarse en aquel rostro pálido, oval, y en aquella expresión de dulzura y de mansedumbre, no se podía menos de amarla y de admirarla. Luego su voz tenía un timbre particular, argentino y tan gratísimo al oído, que sonaba como una música deliciosa, no siendo posible olvidarle después de haberla escuchado una vez.

Se interesaba de todo corazón por las desgracias ajenas, y su piedad era tan grande, tan ferviente y tan verdadera, que se demostraba en sus actos más insignificantes, bastando una palabra suya para infundir el consuelo y la fé en el ánimo más desesperado.

Después de haber arreglado con tierna solicitud las almohadas y la colcha de la cama de Virginia, se aseguró de que dormían las enfermas inmediatas, y sentándose á la cabecera, dijo á la joven:

—Puede Vd. hablar, que nadie nos oye; precisamente las dos enfermas que tiene Vd. á su lado tienen ya el alta para mañana y duermen á las mil maravillas.

—Escuche, pues. Mi familia es una de las más distinguidas de Madrid, por sus riquezas y por el gran nombre de mi padre como banquero y hombre de negocios. Tengo varios hermanos, casados todos y establecidos en diferentes puntos de España y del extranjero. Una hermana se casó en Mahón, país natal de mi padre, que le abandonó en la niñez y no ha vuelto á visitarle. Yo soy la más pequeña, y sea efecto del cariño que me tenía, ó de haberme criado sin madre, ello es que mi carácter voluntarioso y dominante hubo de exasperarse con las contrariedades cuando llegué á la edad en que las impresiones fuertes se apoderan de nuestro corazón.

Apénas tenía diez y seis años cuando conocí en un baile al que hoy es mi esposo. Su figura arrogante y esbelta me llamó desde luego la atención y simpatizamos á primera vista. Empezó á pasear mi calle y á no dejarme ni á sol ni á sombra: yo en pocos días llegué á quererle con delirio, alentaba sus demostraciones con mutua correspondencia, y no tardamos en entendernos.

El misterio velaba nuestro amor; nos escribíamos continuamente, y nos veíamos en los bailes y paseos, sin atre-

verse él á penetrar nunca en mi casa por el carácter rígido de mi padre, y el no menos áspero de mis hermanos, que estaban entonces solteros, y que sin saber por qué le miraban con cierta prevención y no podían simpatizar con él.

Claudio, mi amante entonces, lo conocía y les pagaba con la misma moneda: esto me disgustaba mucho y me exponía á continuas rencillas con unos y con otros, acrecentándose con la oposición y las contrariedades mi amor, en términos que sólo escuchaba á Claudio, y mi mundo era él.

Llegaron en casa á saber nuestras relaciones, y mi padre entonces me envió á Mahón á casa de mi hermana, á fin de que olvidase á Claudio y tomase cariño á Jaime, con cuyo padre tenía el mío concertado nuestro casamiento mucho tiempo hacía.

Pero la ausencia avivó más y más el fuego de nuestras almas, me escribía cartas tiernísimas, apasionadas, y convenimos, para desvanecer las sospechas de mi familia y que me dejasen volver á Madrid, en aceptar al parecer la idea de mi matrimonio con Jaime; esto también era conveniente para el pundonoroso Illescas, que se hallaba en análoga situación con respecto á Vd., viéndose precisado á ocultar el amor que la profesaba por la fuerte oposición de su padre, que se hallaba al borde de la sepultura, y á quien no se atrevía á disgustar.

Dejamos que fijasen un plazo para nuestra boda, y de mutuo acuerdo yo me vine á Madrid, haciendo creer á todos que había olvidado por completo á Claudio, y resuelta á desposarme con él de la noche á la mañana sin que nadie lo supiera.

Así lo hicimos; pero la víspera de efectuarse nuestro enlace tuve la mala suerte de que me descubriera uno de mis hermanos hablando con él en el piso. Empezó á insultarme, dejándose llevar de su carácter violento, y le arrojó al rostro expresiones ofensivas, que hirieron su amor propio; sobre todas, la idea de que solo buscaba mis riquezas, cuando él era un triste empleado, sin mas rentas que su modesto sueldo.

Mi padre bajó al ruido y apoyó lo que había dicho mi hermano, manifestándole que nunca sería mi marido, porque aquella misma noche partiría en el tren-correo para el extranjero.

En este apuro, y conociendo que estaban resueltos á llevar á cabo su intento, aproveché un momento de confusión y me escapé de casa, yendo á refugiarme en la de una amiga de Claudio, que me acogió con viva alegría; avisó á éste, que agradeció muchísimo la prueba de cariño que le daba, y la correspondió casándonos al otro día. Triste casamiento en verdad: sin un amigo que me acompañase, ni una joya en mi prendido, ni la bendición de mi padre sobre mi culpable cabeza.

Amarga empezó á ser nuestra situación desde aquel día: como si el Cielo hubiera querido castigar mi desobediencia, le dejaron cesante, y á los pocos meses de casada, me ví en un piso quinto, sin más recursos que cuatro ó cinco reales diarios que ganaba Claudio á copiar pliegos, único medio que pudo encontrar para no morirse de hambre.

Jamás consintió en que yo implorase la protección de mi padre; el mayor defecto de mi marido ha sido siempre su orgullo; no tiene un maravedí y se cree un potentado; por lo demás su fondo es bueno, y yo, á pesar de nuestras desventuras y mala suerte, no he visto disminuirse mi cariño hacia él. Sobre todo, al ser madre de mis dos pequeños ángeles me he creído dichosa, completamente dichosa, y he soportado con valor todas mis privaciones.

Cuando nació el primer niño, volvieron á colocar á Claudio en un destino decente, y desde entonces hasta hace cosa de seis meses no lo hemos pasado del todo mal; con escasas sí, pero felices en apariencia; porque las caricias de nuestros hijos borraban á menudo de nuestro corazón la huella del pesar y de la miseria.

Mi situación precaria me hizo abandonar todas las relaciones de mi familia; me encerré en mi casa, y á nadie he visto en los ocho años que he cometido la primera y única falta de mi vida.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Madrid: 1878.

(Continuará.)

NOTICIAS.

Se ha concedido la gracia de aspirante de marina, con uso de uniforme, al niño D. Antonio Alvarez y Peña, hijo de D. Francisco Alvarez Sanchez, farmacéutico de la Real Casa.

Felicitemos á los padres del pequeño y hermoso marino por esta distinción.

No han de quejarse los aficionados al arte de la temporada actual; si Valero y Mario nos hicieron llorar y reír, Tamberlick y la Rubini nos encantan con la armonía deli-

ciosa que interpretan. *Poliuto, Trovatore, Dinorah, Traviata* y *Otello* son las óperas que nos han dejado escuchar, luciendo estos dos insignes artistas sus brillantes dotes, y no descomponiendo el cuadro los demás notables cantantes que forman la compañía. Las lujosas decoraciones de nuestro *Gran Teatro* permiten exornar estos cuadros líricos con el buen gusto y propiedad que les dá lucimiento.

El público, si bien hace justicia á las dotes de los artistas, no se apresura, como otras veces, á llenar el hermoso coliseo, y no se explica, no habiendo ningun otro espectáculo, y siendo éste tan agradable, cómo deja perder la ocasión que se le ofrece de saborear la música más notable, interpretada por artistas tan aplaudidos.

Hemos recibido el precioso tomo de *Tragedias* catalanas de D. Víctor Balaguer, publicado en una segunda y elegante edición, aumentada con las traducciones al castellano de varios de nuestros más distinguidos escritores. También nos ha favorecido el Dr. Lopez de la Vega con su nueva obra, *Higiene del hogar*, que se vende en Madrid á dos pesetas.

Agradecemos el recuerdo á sus autores.

El artículo *Las Revoluciones* que publicabamos en nuestro número anterior, ha inspirado el deseo de tratar ese mismo importante asunto, segun su criterio particular, á algunos de nuestros distinguidos redactores que nos han honrado con trabajos dedicados á esclarecer este trascendental hecho histórico. Como este periódico, por sus condiciones especiales, no hace doctrina política, puede y debe dejar ancho campo á todas las apreciaciones y á todos los juicios, y publicará esos artículos, que sin entablar polémicas, pues no es su costumbre, ni su sistema, contestará nuestra Directora.

Terminada la temporada teatral en que con tanta complacencia para los aficionados, ha trabajado en el *Gran Teatro* la notable compañía de ópera italiana á cuyo frente se halla el eminente tenor Enrique Tamberlick, y la simpática tiple Sra. Rubini, volverá á actuar en el *Principal* la muy notable que dirige el Sr. Mario, aumentada con un gran cuerpo de baile.

Hemos recibido el primer cuaderno de la *Filosofía del Syllabus* que ha empezado á publicar el Dr. D. Juan Cancio Mena, en Pamplona.

Lo agradecemos infinito.

Hemos recibido el *Folleto*, elegante publicacion malagueña, el *Olimpo* de Andujar, y el *Eco de la Provincia* de Alicante.

Agradecemos mucho la visita.

En uno de los números próximos comenzaremos á publicar una magnífica coleccion de artículos que para el CÁDIZ ha escrito nuestro ilustrado redactor y querido amigo D. Romualdo A. Espino. Los artículos son 12, y bajo el título de *Errores de educacion*, demuestran gravísimas faltas, exponiendo consideraciones de verdadera importancia.

Le agradecemos infinito tan brillante trabajo, que seguramente agradará á nuestros lectores.

Tenemos el honor de contar con un nuevo estimable colaborador: el Sr. D. Adolfo Malat, el cual nos ha favorecido con un precioso artículo, que irá en el número próximo.

En este número comenzamos á insertar las interesantes cartas que desde París nos dirige nuestro querido redactor y amigo Dr. D. Cayetano del Toro.

Creemos que han de ser gratas á nuestros lectores.

S. M. la Reina Mercedes, segun los partes de la *Gaceta*, se halla ligeramente enferma.

Deseamos vivamente el restablecimiento de nuestra joven y angelical soberana, así como que se confirmen las esperanzas que los síntomas de su indisposicion hacen concebir.

La casa de Montis, Miler y Compañía, que nuestros distinguidos compatriotas de este nombre tienen establecida en Lóndres, con sucursal en Sanlúcar de Barrameda, apenas tuvo noticia de la catástrofe del Cantábrico, abrió una suscripcion á favor de las familias de las víctimas, la cual, segun vemos en *The Standard*, ha dado un resultado satisfactorio.

Hé aquí la comunicacion que en el número correspondiente al 26 de Abril próximo pasado hallamos en ese periódico, y que traducimos literalmente.

Al Editor del *Standard*,

Señor: El furioso huracan que ha recorrido la costa del Norte de España, y del cual esa redaccion tiene ya noticia, ha causado horribles pérdidas, dejando en la miseria y el abandono á multitud de familias.

Mas de trescientos pescadores han muerto, desapareciendo otros muchos, y dejando á sus viudas y huérfanos sin recurso alguno.

Nunca se ha apelado en vano á las simpatías del pueblo inglés: en esta ocasion le pedimos su apoyo y generosidad para atenuar de algun modo tan inmensa desgracia. Se recibirán las donaciones, con gracias anticipadas, en el Consolidated Bank Thread medee-street y el Imperial Bank Lathebury.

La lista de suscripcion se publicará á fines de Mayo.

De Vdes. S. S. &c., &c.,

Montis, Miler y Comp.^a

44 Mark-Cave, E. C,

Segun ofrecen estos generosos españoles, *The Standard* del 6 del corriente trae la lista de donativos que dice así:

Spanish hurricane fund.—Subscriptions in aid of the sufferers in the late fearful Hurricane in Spain, collected by Messrs. Montis, Miler, and Co., and Messrs. Tosar Nephews:—

Right Hon. Countess of Morella	£	5	0	0
Messrs. James Demery and Co.		2	2	0
Messrs. H. Salvador, Vidal and Co.		2	2	0
Messrs. F. E. Harvey and Co.		1	1	0
Messrs. Pickford Bros.		2	2	0
Messrs. Mathias Freres and Co.		2	0	0
Messrs. G. Hammond and Co.		1	1	0
T. H. Holmden, Esq.		0	5	0
C. H. Hutchins, Esq.		0	5	0
H. Speirs, jun., Esq.		0	5	0
F. A.		0	5	0
Messrs. H. Fletcher, Son, and Fearnall.		1	1	0
Messrs. Loly, Solbe, and Co.		1	0	0
Messrs. Harrison, Bros.		0	10	6
Robert Howden, Esq.		1	1	0
Ralph Formoy, Esq.		2	2	0
Messrs. G. C. Fox and Co.		1	1	0
Messrs. Hy. Cail and Co.		1	1	0
Messrs. Lowless and Co.		2	2	0
Messrs. H. J. Enthoven and Son.		2	2	0
Messrs. G. W. Jones, Heard, and Ingram.		2	2	0
H. E. Hounsell, Esq.		2	0	0
Messrs. E. Chaloner and Co.		1	1	0
Messrs. E. Harris and Co.		1	1	0
J. A. Bellamy, Esq.		1	1	0
Messrs. Lane and Neeve.		2	2	0
Messrs. Sewell and Crosby.		2	2	0
Messrs. Spence, Tebbut, and Amor.		2	2	0
Messrs. Forrestt and Son.		0	10	0
A. B. Pearce, Esq.		1	1	0
Marine Insurance Co.		10	10	0
H. Howell, Esq.		1	1	0
Messrs. Burgess and Co.		0	10	0
Messrs. Jas. Adam, Son, and Co.		5	0	0
Messrs. S. Worssam and Co.		0	10	6
Max Reinich, Esq.		0	14	6
Messrs. Wm. Gossage and Sons		5	0	0
John Main, Esq.		1	1	0
Messrs. Bowes, Game, and Co.		2	2	0
Messrs. F. Sharwood and Co.		1	1	0
J. Sewill, Esq.		1	1	0
Messrs. Taylor, Pyemont, and Co.		0	10	0
Britannia Mfg. Company.		0	10	0
Messrs. W. Lund and Son		1	1	0
C. G. Hale, Esq.		1	1	0
Messrs. H. E. Moss and Co.		2	2	0
Messrs. Frost Brothers		1	1	0
Messrs. Hubbuck and Son.		1	1	0
Louis P. Casella, Esq.		1	1	6
Messrs. Ransome, Sims, and Head.		0	10	6
J. S. Storr, Esq.		1	1	0
Messrs. Smith, Wood, and Co.		10	0	0
W. Lincoln, Esq.		1	1	0
Messrs. Whitfield and Noble.		1	1	0
Messrs. Pitt Brothers.		2	2	0
Messrs. Morgan and Medhurst.		1	1	0
Messrs. T. R. Davison, Son, and Lindley.		2	2	0
Proprietors of Hays' Dock.		5	5	0
Messrs. Allan, C. Gow, and Co.		2	2	0
The Howe Machine Co.		1	1	0
C. R. Frisch, Esq.		1	10	0
Messrs. Gourlay Brs. and Co.		3	3	0
Messrs. Hyams and Emmanuel.		0	5	0
Messrs. J. and P. Coats		5	5	0
Messrs. Alston and Tulloch		1	1	0
Messrs. Geo. Townsend and Co.		0	10	6
G. E. Harries, Esq.		0	5	0
M. Y.		0	1	0
Messrs. Yeves and Co.		3	3	0
H. Potter, Esq.		1	1	0
A. Grant, Esq.		1	1	0
Q. S. Z. and Co.		2	2	0
Arthur R. Gordon, Esq.		0	10	0
E. Banks, Esq.		2	0	0

V. Haurie, Esq.	0	10	0
J. Balleras, Esq.	1	1	0
R. G. Gardner, Esq.	2	2	0
Miss E. Wilks.	0	2	6
Miss E. Timberlake.	0	2	6
Fritz.	0	5	0
B. and P.	0	5	0
Messrs. G. Trapp and Son	0	5	0
Messrs. W. H. Brown and Co.	0	2	6
Messrs. T. Merritt and Co.	0	5	0
Palmerston, Restaurant.	0	16	7
G. S. Clement, Esq.	1	1	0
Messrs. Contreras, Comacho and Co.	1	1	0
Messrs. Simon and Dale.	2	3	0
Messrs. Gardeazabel y Salcedo.	2	0	0
U. Montejo, Esq.	1	1	0
A. Manero, Esq.	2	2	0
C. Matthey, Esq.	1	1	0
Messrs. Ridley and Co.	2	2	0
Wm. Bell, Esq.	1	1	0
J. Macfarlane, Esq.	0	5	0
Madame M. de Montis.	1	1	0
R. Hall, Esq.	0	3	0
T. Hamilton, Esq.	0	10	0
R. Wilson, Esq.	2	2	0
J. E. Criskmer, Esq.	0	10	6
Miss Julia Cano.	0	10	0
John Bell, Esq.	0	10	0
R. Z.	0	2	0
G. C. Frames, Esq.	0	10	0
A. Goicoechea, Esq.	1	1	0
Two English Friends.	1	1	0
N. N.	1	0	0
Dr. Fabian Gomez del Castano.	10	0	0
Spanish Financial Commission.	1	12	2
A Lady Friend of Spain.	1	0	0
Sr. Avendano.	0	10	0
A Poor Spaniard.	0	2	0
Senor Vieyra.	0	1	0
Messrs. Montis, Miler, and Co.	2	2	0
Messrs. Tosar Nephews.	3	3	0
£ 176 16 7			

Dignos de loa son los magnánimos sentimientos de los españoles residentes en Lóndres, y es una satisfaccion para nosotros el darlos á conocer en España, y felicitar por su desprendimiento á nuestros nobles hermanos, que, en suelo extranjero, nos acompañan en nuestros dolores con el corazon y con el pensamiento.

Segun noticias particulares, la cantidad reunida se remitirá en breve á Bilbao, á nombre del Sr. D. Andrés Isasi.

ANUNCIOS.

ENSAYO HISTÓRICO-CRÍTICO

DEL

TEATRO ESPAÑOL,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS,

POR D. ROMUALDO ALVAREZ ESPINO.

CON UN PRÓLOGO

DEL EXCMO. SR. D. FRANCISCO FLORES ARENAS,

libro que tanto puede servir para la enseñanza, como para la consulta, y en el que se hallan recopilados los trabajos esparcidos por nuestros más ilustrados literatos en tratados estensísimos de *Literatura general*.

Esta obra, que consta de 75 pliegos en cuarto prolongado, de impresion muy compacta, pero clara, se hallará de venta al precio de 60 rs. en Cádiz en la tipografía *La Mercantil*.

A los Sres. Corresponsales se les hará una baja de un 20 por 100 en los ejemplares que pidan, advirtiéndoles que deben hacer los pedidos cuanto antes, por ser la tirada muy corta y haber servido ya algunos de consideracion.

LECTURAS PARA LAS DAMAS.

BIBLIOTECA

DE

NOVELAS ORIGINALES

DE

FAUSTINA SAEZ MELGAR.

Precio de un tomo, una peseta en toda España. Los corresponsales fijarán el precio en el extranjero y Ultramar.

Administracion, calle de Jacometrezo, núm. 61, 2.º, Madrid.

CADIZ: 1878.

TIP. LA MERCANTIL

DE D. JOSÉ RODRIGUEZ Y RODRIGUEZ, editor.
Sacramento, 39 y Bulas 8.